

CAPITULO V.

Deberes de los Nobles y de los Militares.

SE llama *nobleza*, entre nosotros, la consideracion que se tiene en la opinion pública á los descendientes de aquellos que han servido bien á la patria. Reconociendo los servicios de sus antecesores, la sociedad los *distingue*, esto es, les muestra mas aprecio que á los demas. Esta consideracion y estas distinciones, concedidas en memoria de una utilidad pasada, fueron ideadas ciertamente para estimular á los descendientes á que sigan las huellas de sus predecesores, y á que, como ellos, se distinguan por sus talentos y su zelo. Todo ciudadano que contribuye á la felicidad pública, debe ser reputado *noble*, esto es, merece ser preferido á los que ningunas ventajas producen á sus asociados.

Segun este principio, toda sociedad, por su propio interes, debe manifestar una consideracion particular á los militares valientes y generosos, que á costa de su vida y de su fortuna la defienden contra sus enemigos. Una consideracion igual de distincion es debida á los magistrados encargados de mantener la justicia entre sus miembros, y de reprimir las pasiones que turbarian su reposo. El derecho

de hacer justicia á sus conciudadanos, es la funcion mas útil y mas noble que un ciudadano puede ejercer: si el soldado defiende su país contra los enemigos de fuera, el magistrado le defiende contra los enemigos abrigados en su seno, no menos peligrosos y temibles que los primeros. Si el militar consagra su vida á la defensa de la patria, el magistrado ofrece la suya y sacrifica sus dias al mantenimiento de la justicia, sin la cual ninguna sociedad podria subsistir. *Debe destruirse*, dice Ciceron, *la opinion de los que se imaginan que las virtudes guerreras son mas apreciadas que las que tienen por objeto el interior del estado* (1).

Por la misma razon, las naciones deben conceder un lugar distinguido en su estimacion á todos los ciudadanos que con sus talentos y merecimientos les hacen servicios eminentes. La sociedad, so pena de ser injusta y desalentar á los miembros que podrian contribuir á su bienestar, debe proporcionar sabiamente su consideracion y sus recompensas á la estension de las ventajas que recibe. « Todos, dice Séneca, pueden aspirar á lo que constituye la verdadera nobleza del hombre, como son la recta razon, un alma justa, la sabiduría y la virtud ». Estas son las cualidades que una asociacion justa debe honrar y recompensar en sus miembros.

(1) *Minuenda est opinio eorum qui arbitrantur res bellicis majores esse quam urbanas.* Cicero, de Officiis. I.

En toda nacion se halla establecida una suerte de *gerarquía* política, de la que el soberano es el gefe, porque él dirige las voluntades y los movimientos de los diferentes cuerpos del estado. Por consecuencia, el príncipe es el distribuidor de las gracias á nombre de la sociedad, y el dispensador de sus recompensas: encargado del agradecimiento público, juzga del mérito de los ciudadanos, y del grado de aprecio y estimacion que debe asignárseles: si el príncipe es justo, la sociedad aplaude su juicio y la fidelidad que muestra en pagar los servicios que se le hacen; pero si es injusto, la sociedad contradice sus dictámenes, como capaces de intimidar al mérito y los talentos necesarios á su felicidad, y rehusa sus respetos al que ve injustamente recompensado.

Cuando un príncipe ennoblece á un ciudadano, ó le da algun título honroso, declara á su nacion que este hombre, habiéndola servido, es digno de ocupar un puesto distinguido entre sus conciudadanos, y que tiene derechos fundados á su gratitud. Si el favor, la intriga ó la bajeza son las que le dan esta nueva distincion, la sociedad lejos de suscribir en tal caso á los honores concedidos, y de tributar al hombre á quien se dan, su estimacion y su agradecimiento, le castiga ridiculizándole, le desprecia, y reclama contra la decision del soberano ó sorprendido ó parcial. Ningun soberano, por absoluto que sea, puede sojuzgar

la opinion pública hasta el extremo de que considere y respete á un ciudadano que no es apreciable ni respetable por sí mismo.

Esta opinion respeta todavía menos una nobleza adquirida á costa de dinero, la cual solo supone en el que la logra riquezas, y no mérito ni talentos, que son únicamente los que merecen el reconocimiento público: este medio vil de obtener las distinciones, ha sido efecto de la avaricia de algunos príncipes que han sabido aprovecharse de la vanidad de sus súbditos opulentos, vendiéndoles bien caro el humo de que tanta estimacion han hecho; mas los soberanos se privaron así de un medio fácil de recompensar al verdadero mérito, dando á la riqueza una distincion, la cual, sabiamente economizada, hubiera sido muy útil para fomentar al mérito y los talentos. Con este vergonzoso tráfico la nobleza se vió prostituida á hombres nuevos, que sin haber hecho servicios algunos á la patria, lograron unos privilegios odiosos al resto de los ciudadanos.

Mas la opinion pública no puede nunca suscribir á este comercio vergonzoso y visiblemente contrario al bien de la sociedad, ademas de ser opuesto á las preocupaciones anteriores. Las naciones, poco dispuestas á reconocer las preeminencias de tantos nobles nuevos y sin mérito, reservaron su consideracion para una nobleza mas antigua, perpetuándola en la descendencia de los antiguos defensores de la

patria. Todo lo que tiene el caracter de la antigüedad, tenuta siempre por muy sabia, impone veneracion á las naciones. De este modo, por una preocupacion confirmada hace muchos siglos, continuan respetando los pueblos á los descendientes de los antiguos guerreros, sin examinar los méritos de sus antepasados, y lo que es mas, sin atender á si estos descendientes han hecho servicios algunos efectivos á la patria. ¿Como un hombre puede honrarse á si propio con lo que no es suyo? ¿Y como pondrá su grandeza en el mérito que esté en otro?

Así las preocupaciones antiguas se opusieron á las nuevas distinciones introducidas en la sociedad; los pueblos estúpidos admiraron la nobleza antigua, únicamente porque sus padres la habian temido y respetado por largo tiempo. Una ciega rutina decide de la opinion de los hombres, los cuales raras veces pueden dar razon de sus modos de pensar y de obrar: y por una especie de contagio, heredan hasta las preocupaciones que mas los envilecen.

Si, puesta la balanza de la razon y de la justicia en la mano, se pesan en ellas las ideas que tiene la Europa de la nobleza antigua, reverenciada en sus últimos retoños, será forzoso reconocer que esta opinion nada tiene de sólido. Se hallará que estos antiguos guerreros, de que traen su origen los nobles del dia, turbaron mas bien á la patria que no la sirvieron; ellos contribuyeron mas bien á esclavizarla que á

defenderla, libertarla, y hacerla feliz; si la defendieron fielmente contra los enemigos de afuera, la entregaron al mismo tiempo regularmente á los enemigos de adentro, sometiéndola al poder de tiranos.

Aun dando por ciertas la grandeza y la realidad de los servicios hechos á la patria por los antiguos héroes de las naciones, el agradecimiento de estas nunca hubiera debido estenderse hasta su mas remota posteridad. Si la equidad prohibe castigar á los descendientes por los delitos de sus antecesores, esta misma equidad no puede exigir que se recompense sin fin ni término á los descendientes por las virtudes y talentos de sus abuelos. La virtud no se transmite con la sangre; el mérito es una cualidad personal: así que la razon y el interes público exigen que los honores, las distinciones y la nobleza, en vez de ser hereditarias, queden en manos de un gobierno justo, como medios para estimular á servir útilmente al estado, y para recompensar á los que verdaderamente contribuyan á su felicidad presente. ¿Es justo por ventura que un hombre, cuyo incierto linage ha estado por lo comun ocioso siglos enteros en medio de sus heredades, y sin hacer servicio alguno señalado á la patria, goce de consideracion y privilegios destinados á remunerar el valor guerrero? ¿Es justo que el hombre inútil sea honrado, distinguido, respetado y recompensado con inmensas prerogativas

en perjuicio del ciudadano laborioso, porque hace siete ú ocho siglos que uno de sus antepasados tomó las armas en defensa de su país? Posee enbuenhora este hombre las heredades ó posesiones concedidas en lo antiguo á sus padres; mas la equidad parece que exige que si pretende gozar de las distinciones y privilegios de la nobleza, trabaje él mismo por merecerlas, y no se ensoberbezca con las proezas de sus abuelos, que no ha procurado imitar. *La estimacion y el aprecio de un hombre*, dice Montaigne, *han de ser cordiales y voluntarios* (1).

La vanidad es el vicio de la nobleza: fundado en opiniones tan frívolas como hemos visto, el noble se figura que es en realidad un ente de un órden superior al resto de los ciudadanos: no parece sino que, formado de un barro mucho mas puro, nada tiene de comun con sus compatriotas. *La ilusion de la mayor parte de los nobles*, dice M.^r Nicole, *les hace creer que su nobleza es en ellos un caracter natural é indeleble*. Otro moralista habia dicho antes que él: *á la verdad, la nobleza es un don casual, y una cualidad de otro. ¿ Que cosa mas necia que gloriarse de lo que no es suyo? Aqi ellos que por si mismos no tienen mas que esta nobleza, la hacen valer altamente, y siempre están hablando de ella: toda su gloria está en los sepulcros de sus antepasados. ¿ De que le sirve á un ciego que sus padres hayan tenido buena*

(1) Essais, lib. 1. cap. 50.

vista? Ser descendiente de los que sirvieron bien al público es estar obligado á imitarlos (1). Podia añadir todavía que el mérito real ó pretendido de sus padres ningun derecho le daba al noble para despreciar á sus conciudadanos, y que una vanidad enfadosa haria olvidar este mérito, aun cuando hubiese sido mas real y verdadero de lo que denota la historia.

Seguramente, los anales de todas las naciones nos muestran en los antiguos nobles un cuerpo de guerreros turbulentos, siempre divididos entre sí por contiendas tan injustas como fútiles, y únicamente ocupados en atormentarse los unos á los otros, ó en hacer sentir cruelmente el peso de su autoridad á sus vasallos y á sus siervos. Vemos á estos furiosos continuamente en guerra, despedazando á las naciones con sangrientas pendencias. Los vemos imponer á sus súbditos unas obligaciones por lo comun tan ridículas como tiránicas, y formar de ellas sus derechos. Vemos, en estos desgraciados tiempos de turbaciones y de miserias, á los reyes debilitados hasta el punto de no poder reprimir las violencias de estos frenéticos, ocupados incesantemente en destruirse los unos á los otros, y que con desprecio de la autoridad soberana se rebelaban contra ella siempre que intentaba contenerlos. Homicidios, robos, saqueos é infamias son los títulos respetables que la nobleza nos presenta en la historia. En fin, esta

(1) *La Sagesse de Charron*, lib. 1. cap. 59.

nobleza, siempre delirante y discorde, y siempre separada de los intereses del resto de la nacion, se vió rendida y agobiada al fin bajo la fuerza poderosa y reunida de los príncipes ambiciosos, los cuales sujetaron á estos guerreros tan feroces, de tal modo y á tal punto que los redujeron á pedir y solicitar la única preeminencia de representar el papel de sus esclavos en la corte, y de hacerse los satélites y apoyos de los mas injustos tiranos contra la patria y sus conciudadanos. ¿Una servidumbre voluntaria puede ser compatible con la verdadera nobleza? *Todo el que entra libre, dice Sófoeles, en el palacio de los reyes, se transforma prontamente en esclavo.*

Tal fue, y tal debió ser necesariamente el término de los escesos continuos de una nobleza ignorante, turbulenta é imprudente, que jamas conoció sus verdaderos intereses. Una necia vanidad, y unos privilegios las mas veces injustos, obtenidos astutamente de los soberanos, hicieron siempre insociables á los nobles y á los grandes: ellos creyeron que no les convenia hacer causa comun con los *plebeyos*, ó las gentes del *estado llano*; despreciadas y arruinadas estas por ellos, la nacion no tuvo ya fuerzas que oponer al despotismo; este, por último, logró ir oprimiendo y sojuzgando todos los órdenes del estado (1). El espíritu de faccion, siempre

(1) Los grandes y los nobles Polacos arrancaron de Luis, Rey de Polonia y de Hungria, el privilegio de no ser juzgados por otros que por ellos mismos, con el fin de sustraerse de los

contrario al espíritu patriótico, causó la pérdida de los estados y el envilecimiento de la nobleza misma.

Por una preocupacion contraria á toda justicia, los hombres se figuran débiles y desgraciados, cuando no tienen la libertad de hacer mal á los que están bajo de ellos. El crédito, el poder y las prerogativas no son ordinariamente sino la facultad de oprimir á los mas débiles, y de hacerles sentir el peso de su autoridad. *Aun aquellos mismos, dice Juvenal, que no quieren matar á ninguno, desean tener poder para ello* (1). Insensatos! pues no ven que el poder mas apetecible es el de hacerse amar, y no conocen que la fuerza injusta puede ser sojuzgada por una fuerza mayor! ¡En fin, esos nobles, que cuentan entre sus privilegios el derecho infame de atormentar, de robar, y de hacer perecer á sus desventurados súbditos, no llegan á persuadirse que la anarquía y los desórdenes abren un an-

tribunales ordinarios: esto les proporcionó la impunidad en todo género de crímenes, é introdujo la anarquía, la cual, en nuestros dias, terminó con la ruina y desmembracion de este Reino.

Federico I, Rey de Dinamarca, con el designio de obtener auxilios y socorros de los nobles de su Reino, se vió precisado á concederles el derecho de ser dueños de los pueblos; confiréndoles la autoridad de vida y muerte sobre sus vasallos, y la de poder condenarlos á la pérdida de sus bienes inmuebles, sin apelacion alguna á los tribunales ordinarios.

Mallet, Hist. de Danemarck, tom. 4. p. 10.

(1)..... *Qui nolunt occidere quemquam, Posse volunt.* Satyr. X. vers 96.

cho y libre camino al despotismo! Los pueblos oprimidos prefieren mas el tener un solo tirano, que no el obedecer á cincuenta, cuyas discor- dias entre sí hacen continua su infelicidad (1).

Tantos ejemplos memorables que comprueban estas tristes verdades ¿no debieran abrir los ojos de la nobleza, y demostrarle con la mayor claridad, que nada es mas contrario al bien de la sociedad, á la prosperidad nacional, y á la buena política y sana moral, que ese orgullo imbécil que la separa del cuerpo de las naciones? Todos los ciudadanos de un mismo estado, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres, siendo miembros de un mismo cuerpo ¿no deben amarse, sostenerse y trabajar de concierto en la felicidad pública? ¿Con que razon ni derecho el noble puede despreciar al labrador que le alimenta y enriquece, al artesano que le viste, al comerciante que le proporciona sus recreos, al literato que le instruye y entretiene, y al sabio que trabaja en su beneficio?

Más por un efecto de sus preocupaciones, ordinariamente la nobleza desdeña la instruccion, y parece que se vanagloria de su ignorancia (2).

(1) La tiranía de los nobles obligó á los Daneses en 1660 á conferir al Rey el poder absoluto. La mala administracion del Senado de Suecia fue la causa en 1772 de la revolucion en este Reino.

(2) El tirano Licinio decia que la sabiduria era la peste de un Estado. Habiendo dicho un Rey de Castilla, *que el estudio de las ciencias no convenia á un noble*, Alfonso, Rey de Ara-

Destinado casi siempre á la guerra, la cual unas necias prevenciones le presentan como la sola ocupacion digna de la nobleza, el noble desprecia las ciencias, y raras veces procura la instruccion. Si el noble es de una familia ilustre y distinguida, ó favorecida del príncipe, está muy seguro de llegar á los grados mas elevados sin necesidad de tomarse el trabajo de cultivar sus talentos. Si el noble está ignorado de la corte, no se dedica al ejercicio de la guerra, sino que vive totalmente inútil y desocupado en las heredades ó posesiones de sus padres, donde regularmente ejerce una tiranía fatal á sus vasallos.

Los héroes y los grandes capitanes de la antigüedad, que en nada cedian á nuestros guerreros modernos por su valor y talentos militares, no desdeñaban instruirse en las escuelas de la filosofía. Los Epaminondas, los Pericles, los Alejandros no miraban la cultura del entendimiento como un ornato superfluo en un guerrero. Escipion, el vencedor de Cartago, vivia en la mas íntima y estrecha amistad con Terencio el liberto: este grande hombre cultivaba las letras y la filosofía; « y nunca estaba mas ocupado, segun Ciceron, que cuando parecia » que se hallaba en el mas profundo reposo «.

No hay ciudadanos que mas necesiten del estudio y de las ciencias que los nobles y los

gon, al contárselo, exclamó diciendo que *semejante dicho era propio de una bestia, y no de un hombre.*

militares, que por lo comun entre nosotros hacen tanto alarde de su ignorancia. Esta, y la ociosidad fastidiosa en que por lo comun vive sepultada la nobleza moderna, son las causas de los vicios, de los excesos, y de las vilezas que con frecuencia la deshonoran. El militar no está en accion sino muy corto tiempo con respecto á la duracion de su vida; una vez cumplidas sus funciones, nada tiene que haer; la paz le deja en una indolencia y pereza completas; así es que entonces se le ve, á costa de sus bienes, entregarse desenfrenadamente al juego, á la disolucion, á la galanteria, y á desórdenes de toda especie, haciendo para esto los gastos mas ruinosos: en fin, dispada toda su fortuna, se ve obligado á contraer deudas, á ser un petardista y un bribon, á *vivir de industria*, y quizá, quizá, á cometer acciones que causarían la mayor vergüenza á los mas ínfimos ciudadanos.

La ociosidad de los nobles y de los militares, su pasion al juego, su libertinage, y sobre todo su impetuosa vanidad, son tambien las causas de sus frecuentes disputas y contiendas, que muchas veces terminan en sangrientos duelos.

El honor, entre muchos de nuestros militares modernos, no es la justa estimacion de sí mismo confirmada por los otros, la cual solamente puede fundarse en la conciencia de su propia dignidad, conciencia que la virtud inspira; sino que este fútil honor es el temor de verse despre-

ciado, porque saben que lo merecen. Un duelo no probará jamas que uno tenga razon ni honor; un duelo solamente prueba impaciencia, vanidad y atolondramiento, cualidades muy contrarias á la fortaleza, á la verdadera grandeza de alma, y á la humanidad. El hombre de honor es aquel que merece ser honrado. ¿Que tiene de honrosa una accion, obra de la flaqueza y crueldad? Los famosos capitanes de Grecia y de Roma, tan valientes y honrados como pueden serlo nuestros militares modernos, soportaban un insulto, y no pretendian lavarle con la sangre de sus conciudadanos (1).

(1) En los siglos bárbaros de la Europa, la religion y la política ambas igualmente aprobaban los desafios, mirándose el resultado como un juicio del cielo encargado de manifestarse en contra del culpado. En vano despues las leyes religiosas y civiles han intentado abolir estos inhumanos y bárbaros usos. Hoy dia, en toda la Europa, el hombre que riñe en un desafio se espone á morir en un cadalso, y el que rehusa reñir se halla deshonorado y tenido por cobarde en la opinion de las gentes. Para procribir enteramente los desafios, era necesario haber comenzado por rectificar la opinion nacional, declarando infame á cualquiera que cometiese semejante delito. La declaracion de infamia y la degradacion de todo noble que hubiese reñido en un desafio, harían causado mayor impresion que no el temor de la muerte, impotente para un militar. Fabio decia que *aquel que no puede sufrir una injuria, es mas cobarde que el que huye á la vista del enemigo*. Todo el mundo sabe el pasage de Temistocles, contra quien habiendo levantado el baston Euribiades en un consejo de guerra, Temistocles, tranquilo y superior á este ultrage, se contentó con decirle, *dame, pero escucha*. Los que pretenden que el espíritu militar se conserva por medio de los desafios, lean la historia griega y romana, y verán en ella que aquellos guerreros valientes y temibles á sus enemigos, no tenían la locura de asesinarsen los unos á los otros por gestos ó palabras.

Si las distinciones destinadas á la nobleza tienen el mérito y la virtud por fundamento real ó supuesto; si esta nobleza hace una verdadera profesion del honor, los nobles tienen unas obligaciones mas fuertes que los otros de acreditar en la sociedad sus talentos y sus virtudes. *La virtud es la verdadera nobleza*, dice Juvenal (1). Asi que, un noble ignorante, un noble sin mérito y sin talentos, un noble vil y bajo, un noble infamado por sus disoluciones, sus vicios, sus deudas y sus picardías, en una palabra, un noble sin virtud es una contradiccion en los términos. Ciertamente, un plebeyo el mas oscuro, si es virtuoso y trabajador, es un ciudadano incomparablemente mucho mas apreciable que no el noble inútil ó malvado, que se figura autorizado á despreciarle: el que sirve bien á la patria nunca es villano ni plebeyo. *Muy pocos nobles hay sobre la tierra*, dice un Arabe.

No se ensoberbezca, pues, la nobleza por los méritos y servicios de sus padres. Gima antes bien por su ceguedad y sus delitos, que tantas veces han destruido y hecho infeliz á la patria: espie con sus beneficios sus locuras, tan dañosas á sí mismos como á sus conciudadanos: avergiénzese de haber contribuido tan cruelmente á poner su patria bajo el yugo del

(1) *Nobilitas sola est atque única virtus.*

Satyr. 8. vers. 20.

despotismo que defiende, y de quien es esclava: renuncie á esta ignorancia, y á esas preocupaciones que no le permiten otra profesion y ejercicio en la sociedad que la de sacrificarse á los injustos caprichos de los conquistadores: estos no miran la nobleza entera sino como un monton de víctimas destinadas á servir á su propia ambicion. Siempre engañada por la opinion transmitida á ella por sus antecesores, y mantenida por una política engañosa, esta nobleza se sacrifica y se arruina por solo un vano humo: en fin, seducida por la vanidad, un lujo ruinoso que multiplica sus necesidades, le obliga á renunciar á su libertad, y á postrarse vilmente á los pies de sus amos y señores, para que estos le den con que satisfacerlas. Bajo un gobierno arbitrario, el lujo es un medio muy poderoso para humillar y abatir á los nobles, y obligarles á que reciban y sufran el yugo. El honor y el despotismo serán siempre incompatibles.

No hay ciudadanos á quienes la instruccion, la virtud y los talentos sean mas necesarios que á los nobles y á los militares: destinados por el estado para reglar la suerte de las naciones, llamados á los consejos de los reyes, encargados del mando de los ejércitos y de la existencia de los imperios, ¡cuantos conocimientos no deben reunir! Mas, por una fatalidad harto comun, los hombres nacidos para dirigir á los otros suelen burlarse de la virtud, despreciar las

ciencias, y aborrecer la instruccion. El militar se figura que su profesion no le impone otro deber que el ser valiente y menospreciar la vida. ¿Pero como no ve que la guerra es un arte que supone esperiencia, reflexion, y á veces el mayor talento? El ser tan raros los grandes generales ¿no prueba claramente la dificultad de su ejercicio? No es en el seno de las ciudades corrompidas, no es á los pies de las beldades, no es en medio de las intrigas de la corte, no es en las antesalas de los ministros donde un capitan aprende á defender á su patria, á formar los campamentos, á disciplinar á los soldados, á desplegar los batallones. ¿Hay nada mas funesto al estado, ni mas criminal que la presuncion de aquellos generales que, faltos de luces y esperiencia, tienen la audacia de ponerse al frente de los ejércitos, cuyas operaciones decidirán quizá para siempre jamas de la suerte y destino de un imperio? ¿Como un general se atreve á levantar los ojos á la presencia de su rey y de sus conciudadanos, cuando sabe que su incapacidad es la verdadera causa de los infortunios de su país? ¿Su corazon no debiera despedazarse con los mas crueles remordimientos, al oír los gritos lamentables de tantas familias, á quienes su impericia ha sumergido para siempre en la pena y la aslccion? ¿Que de baldones y acriminaciones no se hará á sí propio al representarse en su imaginacion las legiones enteras pasadas á cuchillo por su oca y cruel vanidad?

No se diga, pues, que la ciencia es inútil á los guerreros, y que el valor les basta. Sin luces, el valor es un atolondramiento ó una ferocidad. El estudio, la reflexion, la ciencia, son de la mayor importancia tanto para los militares, como para el estado que defienden. La moral y la política, cubren de una eterna ignominia esa vergonzosa ignorancia, que es por lo comun el atributo del guerrero. El oficial no es regularmente mas instruido que el simple soldado. Seguir sin reflexion la ruina del servicio; pelear ciegamente cuando los gefes lo mandan; vegetar en la ociosidad de una guarnicion; consumirse en un fastidio eterno que solo varia y alterna con el desórden y la disolucion, tal es la vida maquina y molesta, en que, de ordinario, se corrompe el militar hasta llegar á una vejez, que, lejos de grangearle respeto y consideraciones, le hace al extremo despreciable; he aquí regularmente lo que se llama *servir* (1). Por el descuido de no haber adquirido en la juventud los conocimientos que el estudio y la meditacion pueden solamente pro-

(1) *Con la sola práctica sin la teoría, dice M. de Puysegur, por mas que se puedan montar las trincheras, no por esto se sabrá conducir un ataque al frente de una plaza, ni precavcionarse contra las salidas de ella; se encontrará uno muchas veces en el caso de formar sitio á una plaza, y tampoco sabrá hacerlo: del mismo modo podrá uno haberse hallado en los ejércitos de observacion, y habrá visto hacer todos los movimientos para cubrir un sitio, y no por eso sabrá dirigirlo.* *Trait. de l'art de la Guerre, por M. de Puysegur.*

ducir un oficial encanecido en su profesion, nunca es mas que un objeto molesto á sí mismo y á sus conciudadanos. Un militar sin cultura, por valiente que él fuere, siempre será inútil y despreciable en la paz.

A pesar de las preocupaciones de la mayor parte de los pueblos, que les hacen mirar la profesion de las armas como la mas elevada y distinguida, no hay ciertamente una situacion mas deplorable que la de un viejo militar sin fortuna y sin conocimientos: engañado las mas veces por un gobierno ingrato, en cuyo servicio locamente se ha destruido, se ve precisado por último á solicitar su retiro ó una moderada pension para subsistir: mas como los principes y sus ministros son por lo comun poco benéficos con los súbditos que ya se hallan inútiles, irritado nuestro héroe al ver su desgracia, lleva aburrido sus continuas y molestas quejas de corro en corro, é incómodo para todo el mundo, sus enfermedades le acaban poniendo término, en medio de la mayor miseria, á una vida que le hubiera sido mejor perderla en los combates. Las cualidades morales pueden solas merecer una consideracion que dure hasta el sepulcro.

Ademas de esto, el militar por lo comun falto de instruccion y de buenas costumbres, no trae á la sociedad civil otra moral que la que ha sacado de las guarniciones, de los campamentos y de los ejércitos; esta moral, poco delicada
en

en todo lo restante, funda el mérito en la ferocidad puntillosa, y en la rudeza habitual ó fatuidad, que ni favorecen á los militares, ni hacen su trato apreciable, sino temible y arriesgado.

Los deberes y las reglas que la moral, la razon y la sana politica imponen á los nobles y á los militares, los obligan á grangearse la estimacion pública, y á merecer los honores, los grados y las recompensas (siempre concedidas á nombre y á costa de la nacion) por sus servicios verdaderos, por sus ventajosos talentos, y por su aficion y cariño á su pais. Lejos por esto de tener el derecho de oprimir ó despreciar á sus conciudadanos, su alta clase, por el contrario, los pone en la necesidad de ser unos ejemplos de equidad, de moderacion, de verdadera fortaleza, de magnanimidad, de generosidad y de amor del bien público. Los militares y los nobles son los ciudadanos que, por todas razones, mas adictos y mas íntimamente apegados debieran estar á la patria. El mérito militar consiste en defender valerosamente las personas y las posesiones de todos contra los que tratasen de invadirlos. De aquí se infiere que el soldado es un traidor, y ademas un cobarde, si vende su vida al despotismo y la tiranía, que fueron y serán siempre los mas implacables enemigos de toda sociedad (1). Un

(1) No son hombres valientes y esforzados, dice Firmico, los que venden su sangre arriesgándose á la muerte por los

militar tan loco que se sacrifica á los caprichos de un tirano , no es mas que un gladiator mercenario. Un ciudadano que él mismo pone los hierros de la esclavitud á su patria , es un furioso que pega fuego á su propia casa , á riesgo de perecer él mismo con toda su descendencia. ¡ Que horrible y abominable herencia es dejar á sus hijos y descendientes el oprobio de la servidumbre (1)!

En obedecer ciegamente consiste toda la moral del soldado. Pero si esta moral conviene ciertamente y es necesaria en los campos y en los ejércitos , no se debe enseñar en las ciudades ó en la sociedad ; porque esto seria transformar á los militares en insensibles máquinas , en viles instrumentos que , en manos de los tiranos y déspotas , destruirian las leyes y la libertad. La obediencia ciega y maquinal á los gefes injustos , es una traicion contra la patria , á la cual el militar debe defender contra sus enemigos : si esta obediencia es laudable y precisa en el simple soldado , incapaz siempre

caprichos de otro. *Non fortes qui ob aliena gratia voluntatem nundinantur , sanguinis jactura ad mortis spectaculum vendunt.* Julius Firmicus , lib. 8. cap. 13.

¿ No es , ciertamente , dice Antifanes , vivir asalariado de la muerte , el gozar su sustento con peligro de su vida ?

(2) Un Lacedemonio respondió á Indarnes , oficial persa , que le persuadia á que se estableciese en Persia , *tu no conoces el precio de la libertad ; porque el que le conoce , si es prudente , jamas le cambiaria por todo el reino de Persia.*

PLUTARCO , dichos notables de los Lacedemonios.

de razonar y de formarse ideas de justicia , ella es culpable y deshonrosa en los que le mandan ; la educacion debiera haberles inspirado unos pensamientos mas nobles y mas generosos que á los autómatos cuyos movimientos dirigen. Mas la política de los tiranos cuida mucho de levantar siempre una muralla de bronce entre los nobles , los militares y sus demas súbditos. La nobleza militar , que forma una clase distinguida , se consagra servilmente á la voluntad de los príncipes mas malos , y engañada y seducida con vanos privilegios , pensiones y títulos aéreos , nada tiene de comun con los diferentes órdenes del estado. Todo militar se cree siempre dependiente del príncipe , y libre de todo vínculo con su nacion ; y deja de ser ciudadano para ser un satélite , un mercenario , un esclavo. Las leyes , la libertad , la justicia , y con ellas la felicidad , son bien pronto desterradas de los estados , cuyos soberanos tienen á sus órdenes muchas tropas veteranas.

Hablar de patria , de moral , y de obligaciones á los que por lo comun han compuesto hasta aquí los ejércitos , era esponerse claramente á la risa y á la mofa. La vanidad , el atolondramiento , el libertinage , la pereza y el deseo de una licencia impune , estos eran los motivos ordinarios que llevaban comunmente á una juventud imprudente á la profesion de las armas : los militares de este modo de pensar se figuraban que la razon , la reflexion , la equidad y la vir-